

lúcido de hoy a fortalecer su esperanza a la vista y a la luz del misterio del dolor humano que sólo en el amor de Dios encuentra la luz necesaria para seguir esperando». Y podrá ayudar aún mejor si se la somete a una crítica teológica coherente. Para lo cual, dada la convivencia que en ella se da entre rigor y capacidad de sugerencia (incluso poética), lo primero que resulta necesario es acercarse a ella con la paciencia y con la simpatía de la que hace gala en este libro.

Juan A. Martínez Camino

JUAN BOSCH, *Para comprender el Ecumenismo* (Estella, Navarra: Editorial Verbo Divino 1991) 230 pp.

Esta síntesis de carácter introductorio al Ecumenismo es un aval de su autor, ecumenista probado y de raza, que podrá comprobar quien lea este libro, presentado por el autor con modestia. A pesar del carácter de divulgación que tiene la obra, a tono con la intención de la serie de monografías en que aparece, acertadamente editadas por Verbo Divino, el orden y la claridad en la exposición de quien divulga sólo se logran cuando se poseen los conocimientos y la experiencia que acreditan trabajos como el del P. Bosch OP.

La clave de la obra la da el autor en un prólogo, que en realidad es ya una introducción a la estructura y no sólo a la lectura del libro. Dividido en *cinco capítulos*, corresponde al *primero* afrontar la definición del Ecumenismo; al *segundo*, exponer la historia y entidad de las divisiones cristianas; al *tercero*, el proceso histórico del moderno Ecumenismo, centrándose en la segunda parte de este capítulo en la descripción y cometido de las instituciones ecuménicas. Reserva el autor los capítulos últimos para los siguientes temas: la verdad y su relación con la unidad, describiendo los núcleos doctrinales que «obstaculizan» la marcha hacia la visibilización de la unidad de la fe; y, en el último capítulo, el lector encontrará una reflexión sobre la esperanza que alienta el Ecumenismo en esta hora difícil, a tenor de los «retos» y «obstáculos» con que tropieza.

Como de una recensión se espera no sólo la descripción de su contenido, cosa nunca difícil de hacer y que algunos lectores perezosos y otros «sin tiempo» agradecen para evitar la lectura del libro, no me detendré en ella. Es un trabajo bien hecho, claro y preciso, es decir, logrado en la estructura y en la forma o lenguaje empleado.

Hago con modestia al autor, sin embargo, algunas anotaciones. En lo que al Ecumenismo moderno se refiere –y en él está centrado el libro– no todo comienza con el Vaticano II. ¿Por qué no ofrecer unos trazos ágiles, en conformidad con los conocimientos que el autor tiene, sobre los pasos que llevaron en 70 años al Vaticano II? Creo que es preciso matizar la tesis de que la Iglesia Católica se suma a algo que nace «fuera de ella», si no se tiene en cuenta cuando se suman de manera franca al Consejo Ecuménico las Iglesias de la Ortodoxia, y por qué se suman. Es decir, ¿qué necesidad o necesidades tenían estas iglesias que históricamente no ha tenido la Iglesia Católica para

hacerlo? No se ha de hablar de los hechos tan sólo, sino de lo que los motiva. Hubo un «ecumenismo católico» sólo en parte superado o abandonado, sin el cual la Iglesia Católica no hubiera desembocado en el Movimiento ecuménico único; pero, además, ese mismo Movimiento ecuménico «modificó» algunos de los elementos que lo alientan haciendo así posible la convergencia. Hoy sigue siendo problemática la manera de estar unos y otros en el único Ecumenismo posible.

El autor da buena prueba de conocer los diálogos teológicos interconfesionales; pues bien, esos diálogos han sido posibles cuando se han producido las modificaciones pertinentes de unos y de otros. En la medida en que persisten las dificultades, no es que retroceda el Ecumenismo, es que tropieza con los obstáculos que lo han amenazado desde el principio. En este sentido, no puedo compartir totalmente las reflexiones finales del autor. Insisto: no volvemos para atrás, siguen sin vencerse dificultades reales que están desde principio, y tales dificultades no son resultado de ciertas estrategias eclesiásticas del gobierno central de la Iglesia. Cuando el P. Duquoc OP habla de la ideología del centro, no puede evitar hacerlo arriesgándose a que se le responda que él opera con una «ideología de la periferia». Ya sabemos que la crítica al monoteísmo por antidemócrata pide la reivindicación del politeísmo como ideología religiosa del pluralismo. Pero tal planteamiento es falaz e impropio de un pensamiento crítico, que ha pasado por la moderna sociología del conocimiento.

Es decir, no estamos ante un Movimiento ecuménico, al que tarde y finalmente se ha sumado la Iglesia Católica. Sólo es parte de la verdad. Estamos ante un Movimiento ecuménico impensable sin ella en las condiciones del presente, y si la Iglesia Católica se retirara de él estaría en su misma raíz amenazado. Por eso, incluso los gráficos del Movimiento ecuménico deben ser modificados. Son siempre los gráficos del Consejo Ecuménico que los católicos importamos para nuestra enseñanza del Ecumenismo. Sobre todo esto me propongo escribir con más detención y cuidado que el que exige una reseña de un libro como este, que sin embargo quiero elogiar con toda sinceridad. Pero es quizá –sólo lo planteo como posibilidad y es el autor el que puede confirmar o no mis observaciones– el libro esté demasiado concebido sobre la óptica que traza el desarrollo del Consejo Ecuménico. Pongo un ejemplo: en la pág. 127 se da una definición del mismo: «(El CEI es) la expresión más completa de los anhelos de unidad cristiana que existe hoy entre las Iglesias». Aunque se indique a continuación que «no abarca todo el movimiento ecuménico», ¿no se identifica en exceso el CEI con el Movimiento ecuménico? ¿Qué pasaría si, finalmente, las Iglesias ortodoxas lo abandonaran? Quiera Dios que no suceda, pero su amenaza de hacerlo expresa que las dificultades del Ecumenismo no son cosa de «avanzar» o «retroceder». Cuando en el último Sínodo europeo la asamblea sinodal contaba con la presencia de los «delegados fraternos», constituyendo unos círculos de actividad (*circuli minores*) idénticos a los de los demás países, y con voz y voto, afrontaban no sólo el estado de su relación con la Iglesia Católica, sino el problema de la evangelización en Europa y de la

comunidad de las iglesias, ¿expresaban o no de la manera más perfecta posible, no ya el anhelo de unidad, sino la unidad que de hecho existe entre las iglesias? Pues bien, si la respuesta ha de ser afirmativa, hay que extraer las consecuencias. Algo así sólo es posible en virtud de la naturaleza teológica y de la estructura de la Iglesia Católica. La forma de hacer Ecumenismo y la estructura que operativamente representa el Pontificio Consejo para la Unidad constituye, a juicio de L. Vischer, uno de los dos polos que catalizan la realidad del Ecumenismo en nuestro tiempo.

Se trata de observaciones que modifican algo los manuales de Ecumenismo que estamos retados a elaborar, rompiendo un poco el esquema clásico. En este caso el autor ofrece, ciertamente, algo nuevo: su aproximación a los diálogos teológicos, su objetivación de los grandes doctrinales y «obstáculos» del género están presentados en el contexto de un Movimiento ecuménico, que él entiende como realización histórica de la unidad de la Iglesia.

Observaciones menores pueden ser las siguientes. El libro depende mucho de una bibliografía, parcial aunque muy completa: la de ámbito latino y anglosajón. Está ausente toda la bibliografía de ámbito alemán, como fuente de inspiración del autor; aunque no falta lo importante, contar con ella hubiera sido enriquecedor, dado el papel que desempeña esa literatura en este campo. Veo, por ejemplo, que hay informaciones que dependen del Algermissen en algunos datos, o de obras del mismo tenor. La traducción española de la importante obra de Algermissen requeriría la incorporación de las correcciones de que fue objeto en la nueva edición alemana, que ya en 1969 era la octava. Enfoques como los de la obra de P. Lengsfeld (ed.), *Ökumenische Theologie* (1980) resultan muy enriquecedores. La estadística remozada de las Iglesias de la Ortodoxia bizantina y de las Iglesias orientales antiguas del nuevo *Handbuch der Ostkirchenkunde* 11 (1984), 2 (1989)!, de Nyssen/Schultz/Wiertz, ofrecen datos interesantes en la evolución de estas iglesias. El libro está acompañado de útiles referencias: una selecta bibliografía; un elenco de figuras del Ecumenismo, que silencia con toda modestia el nombre del propio autor; un vocabulario ecuménico muy útil; y una lista de centros ecuménicos católicos y no católicos, en Europa, América, África y Asia. Sólo me queda recomendar su lectura y desear un gran aprovechamiento de los conocimientos que ofrece.

Adolfo González Montes

EVANGELISTA VILANOVA, *Para comprender la teología* (Estella, Navarra: Editorial Verbo Divino 1982) 116 pp.

Es esta una obra breve y además profusamente salpicada de textos, ciertamente seleccionados y traídos *ad hoc* para ilustrar el discurso del autor, dom Evangelista Vilanova, quien recientemente ha dado término a esa monumental obra en tres gruesos volúmenes, que es su *Historia de la teología cristiana* (Barcelona 1987-1992). Por